



LAS PROSPERIDADES NUESTRAS.

I.

POR todas partes encontramos personas de buen carácter y de buena apariencia que, impregnadas de un patriotismo virgen, nos aseguran que México adelanta. Esas personas se sienten verdaderamente felices en muchas partes; como por ejemplo en el tianguis de la plaza de la Constitución, y le enseñan á usted

con todo el calor del provincialismo la fila de barracas improvisadas con sábanas de dudosa reputación donde se venden dulces empolvados, de no mejores antecedentes.

Yo creo, no obstante el parecer de esas personas, que, por adelantado que se suponga á México, la plaza de la Constitución se encarga, en días de tianguis, de enseñar la oreja y de exhibirnos tal como somos, sin poderlo evitar. El pobre Ayuntamiento de México es siempre el encargado de la oreja y del sambenito. Esta corporación se ha ido desprestigiando de año en año hasta caer en completa decadencia, y la gran decepción del habitante de la capital, el pasto de las gacetillas, el centro de las pullas, la *esquina de Provincia* y el blanco de las iras del público es el ayuntamiento.

Grandes y poderosas razones debe haber habido para que la primera ciudad de la República haya llegado al último grado de la incuria, del abandono, de la inmundicia y de la insalubridad; pero la lógica del público no busca más que una causa, ni atri-

buye el mal más que á una entidad: el ayuntamiento.

Nadie se explica ya el apetito extravagante de ser regidor, cargo en antes honorífico, y hoy equivalente á una silva de trescientos sesenta y cinco días; y este gusto se parece al de esos *pelados* que bajan á torear al redondel á despecho de los silbidos; los silban indefectiblemente, pero torear.

Yo no sé si la vocación de mandar aguilitas y de presidir las funciones de teatro valga la pena de abandonar los asuntos propios y apechugar con la rechifla; pero de todos modos admiro la abnegación de las personas que, con la conciencia de que van á quedar mal, hacen ese sacrificio penoso de enseñar la oreja de México á los extrajeros.

Nada presenta un aspecto más grotesco para el público que esos pobres que quieren aparentar lujo, supuesto que el lujo no se finge más que en el teatro. A México le sucede despertar algunas mañanas de la cloaca en que duerme asfixiado; y en vez de

tomar la escoba ó el desinfectante, se pone á delirar con alguna elucubración municipal inspirada á algún regidor nuevo por los cuentos de las mil y una noches; y en el detestable y peligroso pavimento de la plaza de Armas inventa una banqueta de mármol que cuesta muchos miles de pesos. Al día siguiente le sucede á esta banqueta lo que es muy natural: desaparece por completo bajo la tierra suelta que la rodea por todas partes, y el mármol blanco, despulido con la tierra y con el tránsito, se mancha con las cáscaras de fruta, con las espectoraciones de los vagos del Zócalo, y el lujo aquel es una lápida que perpetua la fama de nuestro ayuntamiento.

Ya se verá por ende, que esto del lujo es una cosa comprometedora y peliaguda, ó cuando menos se necesita pensar antes que en banquetas de mármol en criados que las laven. México debe limitarse á obras de utilidad y de conservación y no entusiasmarse con gollerías, que no puede sostener porque se pone en ridículo.

La conservación de los jardines públicos y de las obras de ornato es más dispendiosa que la erección misma de esas obras; y erigir monumentos para abandonarlos á la destrucción del tiempo es despilfarro y falta de civilización.

Las pobres estatuas del Zócalo están allí patentizando estas verdades. Ni recrean la vista, ni cultivan el sentimiento artístico, ni revelan lujo ni refinamiento. Inspiran lástima y sugieren la misma suerte de reflexiones respecto á nuestra incuria y abandono. Un objeto de arte que se exhibe por su belleza y adorna un paraje público debe estar confiado á la constante vigilancia, al cuidado de un conservador inteligente. Y no se concilia la belleza arquitectónica y la pureza de las líneas de los pedestales de piedra con el abandono en que se les ha dejado. La vegetación microscópica ó moho, el salitre y los chorreones de la lluvia los desfiguran. Contra esta acción del tiempo debe emplearse el aseo continuo, lavar periódicamente los pedestales para destruir el moho,

las telarañas, las vegetaciones, los parásitos y la grasa que nuestro pueblo deja por donde quiera que pasa. Y en cuanto á las figuras, allí están Venus, Apolo y Minerva, pidiendo una ducha por el amor de Dios, condenadas á exhibir sus desnudeces en el Zócalo, pero con sus carnes surcadas por los chorreones de las últimas lluvias y el polvo de todos los días, la tersura del barniz que imitaba el bronce ha desaparecido bajo esa enfermedad cutánea inoculada por el ayuntamiento. Pobres dioses leprosos y cacarañados, puestos adrede para ludibrio de las gentes y que desde sus sucios pedestales entonan por la noche, en compañía de las cucarachas monstruosas que se han apoderado de aquella selva virgen, un miserere al amor al arte, al aseo y á la cultura de nuestro ayuntamiento.

Pues, ¿y las fuentes? Allí están esas desgraciadas que tienen todo menos agua: su brocal tiene el aspecto enmantecado de los pambacitos compuestos. El pueblo vagabundo se ha encargado, durante varios años,

de depositar en ese brocal su sudor y su cochambre; los pobres cisnes, casi pelados, enseñan el zinc por todas partes, están opacos y jaspeados, como si se acabaran de escapar por la atargea.

—¿Qué le sucedió á la agua? pregunta el público al ayuntamiento.

—¿A la qué?

—A la agua.

—Compañero—le pregunta un munícipe á otro—¿qué le sucedió á la agua?

—¿Qué agua?

—La de las fuentes.

—¿Qué fuentes?

—Las del Zócalo.

—Pues, ¿qué no tienen agua?

—No.

—Pues, hombre; ¿creerá usted que no había puesto cuidado?

—Pero bien: ¿usted no sabe por qué ya no hay agua?

—No, compañero.

—¿Pues quién sabrá?

—Yo creo que la comisión de Paseos.

—O la de Aguas.

—Eso es, la de Aguas, porque la agua es cosa de la Comisión de Aguas, ¿no es verdad, compañero?

—Yo creo que tiene usted mucha razón: por eso me gusta preguntar á quien más sabe.

Esto es lo que las paredes oyen; pero el agua no parece. El ayuntamiento no se la ha bebido, eso es claro; porque el ayuntamiento bebe, pero no tanto que acabara con el agua de los cisnes. Acabará con estos pobres animales, en fuerza de matarlos de sed y de enfermedades de la piel: acabará con los dioses del Olimpo, dejándolos en su triste abandono porque sirvieron al imperio, acabará con el pavimento de tierra, barriéndolo sin apisonarlo ni repararlo; acabará con todo, á fuerza de no hacer nada; pero, con el agua, es imposible.

Si falta agua, es porque este líquido es de suyo muy voluntarioso y muy delicado, y sobre todo muy escurridizo.

Desde los Leones empieza á hacerse re-

molón, porque las cosas ya no están allí como antes. Ya ustedes verán si el ayuntamiento estará para andarse con chiqueos y contemplaciones con el agua, cuando está aquí tan ocupado con las tandas y con los jacalones, y con tantas cosas á que tiene que atender á un tiempo.

Luego sucede con esta agua de mis pecados, que apenas le abre un campesino de por esos rumbos un cañito, ¡paf! allá vá contentísima, como si no supiera que su primer deber es venirse derechito á México, sin meterse con nadie.

En tiempo de Bucareli (vean ustedes si el agua tiene sus opiniones y sus parcialidades) venía en abundancia, se portaba como buena muchacha, alimentaba los surtidores de las fuentes públicas, y hubiera sido capaz de alimentar una bandada de cisnes más numerosa que la del Zócalo; pero ahora, de ayuntamiento en ayuntamiento, se ha ido haciendo chiquita, y ¡nada! no hay modo de hacerla entrar en cintura. De modo que, aunque nosotros

estamos persuadidos de que no son los ayuntamientos nuestros los que han tenido la culpa, sino el agua misma, que, como está probado, es tan voluntariosa y tan ingobernable, sería bueno divorciar al agua del ayuntamiento, supuesto que han hecho tan malas migas, y establecer una dirección de aguas, con ingenieros hábiles y bien pagados, que en combinación con una compañía anónima, formase un plan digno de la civilización que alcanzamos, y que tuviera por base que lo que los consumidores pagamos por el agua, es el rédito legal de un capital de diez millones de pesos.

México está en la posición de esas personas pobres que esperan *visitas de cumplimiento*. Salió de la muralla china en que le había encerrado el humo de las revoluciones, y las naciones cultas de la tierra han venido á estrecharle la mano, felicitándola por la paz de que disfruta. En la capital reside la representación diplomática de las potencias amigas, y es una cuestión de decoro y de amor propio asear la casa y

combatir la barbarie y la ordinariez; legiones de extranjeros desembarcan semanariamente en Veracruz, y próximo está el día en que los rieles del Norte traigan hasta la capital de la República un cordón, no interrumpido, de inmigrantes y turistas. Bueno será que estas estimables personas nos vengán á encontrar dignos de tener estatuas y pavimentos de mármol, y con la buena costumbre de pagar barrenderos. Conven-gamos, ahora que se trata de hablar con franqueza, que somos un pueblo sucio, ó mejor dicho, que los que estamos limpios nos vemos obligados á vivir entre masas del pueblo asqueroso y semisalvaje, que la cultura que alcanzamos pugna con el tedio y la miseria del indio melancólico é indolente y con el acanallamiento de la *plebe* y con el cinismo y la desvergüenza del *lépero*. Por eso el ayuntamiento mexicano está en posición mas difícil que cualquiera otro; por eso necesitamos doble número de escobas y más agua y jabón que ningún otro pueblo, y á ese paso todavía no ha desper-

tado entre nosotros ni entre ninguno de nuestros ayuntamientos, eso que se nota en las ciudades cultas y que pudiera llamarse decoro ó respeto público. A todas las casas viejas de la capital, y son las más, las carcome el salitre por sus cimientos y los propietarios ven esto desde que nacieron y se les dá un comino la cuestión de aseo exterior. Nótese este rasgo característico de nuestra raza. Salimos un día de nuestra habitual indolencia para remediar un mal y planteamos la teoría del remedio. En esto de teorías somos fuertes como pocos, tenemos mucho talento y mucha erudición y ponemos el dedo en la llaga, remediamos el mal y volvemos á caer en nuestra apatía habitual, cuyo periodo, siempre largo, lo cierra un nuevo raptó de entusiasmo. Este es un resabio azteca que circula en nuestra sangre, y tan es así, que el indio provee á las necesidades de vestirse y usa las prendas de su vestuario hasta que se le caen en pedazos. El ayuntamiento compone una banquetta y la abandona hasta que se con-

vierte en precipicio, desenzolva uua atargea y la deja después llenarse hasta que se ciega; pone defensas de reja á los árboles y las abandona hasta que desaparecen.

Al ayuntamiento le ha salido en los mecos bigotes uno de esos dupergenios que parece puesto adrede en la banquetta del palacio municipal: le han quedado á los arbolitos de esa banquetta todavía dos á tres defensas en pié, pero desarticuladas y agonizantes, incompletas y torcidas, como pidiendo á la honorable corporación una mano amiga que las enderece y las repare.

Se comprende que el pobre ayuntamiento no puede hacer solito el desagüe, ó la limpia, ó alguna de esas obras colosales, superiores á sus fuerzas; pero no se concibe que en el tránsito forzoso de los regidores, permanezcan por años en estado lastimoso y repugnante esas defensas que chocan á la vista y acusan la indiferencia y el abandono del presidente de la corporación, de la obrería mayor, y de la comisión de paseos. Parece que no existen ni estos personajes, ni estas

oficinas, ni esas instituciones, y en realidad de verdad lo que no existe ni en el indio, ni en el lépero, ni en la corporación municipal es el hábito del aseo, el instinto de la conservación de las obras y ese mito que hemos llamado decoro público. El rico ostenta sin sacrificio y sin esfuerzo y llega al lujo: el pobre pundonoroso se remienda y oculta sus poridades y sus miserias; pero el pobre disipado y cínico las ostenta con el aplomo con que el potentado ostenta sus diamantes.

Este resabio azteca, como hemos dicho antes, va tomando entre nosotros proporciones escandalosas que presentan á México ante el mundo civilizado en su apariencia más vergonzosa. Habrá necesidad de enseñar á nuestra honorable corporación municipal ese rudimento de la mas común economía, ese principio sabidísimo de que no se debe presupuestar una mejora ó una obra de ornato sin que al monto de la obra siga inmediatamente después la partida del gasto de conservación? Habrá alguno de

los señores de la Comisión de Hacienda que ignore que el gasto del coche y los caballos implica una pensión de sostenimiento?

En los pilares del palacio municipal, donde reside una corporación encargada por la ciudad del aseo y el ornato, está escrita con cochambre la historia de tres generaciones de vagos que han ido depositando sus grasas en esos pilares hasta hacer desaparecer por completo la cantería. ¿Qué esperanzas alentarán á la ciudad de ser atendida cuando ni el mismo palacio municipal se conserva aseado?

Ya hemos dicho que estamos condenados á vivir entre masas de un pueblo sucio. Pero ha de predominar el desaseo y la incuria de esas masas sobre los deberes municipales y sobre el derecho que tenemos á vivir en lugares aseados? Si el ayuntamiento cuidara de la conservación de su edificio, por el deber que tiene de hacerlo, y con el fin de que la ilustración de ese cuerpo se refleje en sus actos y sirva de ejemplo en la ciudad, ¿mandaría raspar esos pilares grasientos,

y una vez resanados y limpios, así como el resto de los muros exteriores, cuidaría de que un celador impidiese al pueblo ocioso restregarse contra los muros ó tomarlos como sostén de su pereza. Prohibiría, fundándose en los más sanos principios de la libertad individual, en una sociedad bien organizada, el sentarse en las banquetas, en los dinteles de las puertas ó en los guarda-cantones de las esquinas, porque esto no es el uso de las banquetas, de los dinteles ó de los guarda-cantones, sino el abuso con perjuicio de tercero, que es el transeunte. A esta prohibición seguiría la de no arrojar cáscaras y basuras en las banquetas, porque también éste es un abuso, y un abuso atentatorio, porque regar de cáscaras de plátano el tránsito público, es una falta que la buena policía debe no solo prevenir, sino castigar severamente. Todas estas infracciones de policía pasan á ciencia y paciencia de los gendarmes, á quienes no culpamos, pues ni las polainas blancas ni el sueldo pueden inspirarles principios y educación

que desconocen, supuesto que los regidores, probablemente más ilustrados que los gendarmes, no se han ocupado todavía de esta noción sencillísima de buena policía.

Esta y muchas nociones de este mismo orden deben formar los artículos de una *cartilla del gendarme* que éste debe aprender previamente de memoria antes de recibir el sueldo, y para que la aplicación de estos sanos principios sea un hecho práctico y constante, y no se quede escrito como todo lo que contienen nuestras ordenanzas municipales, la organización de la gendarmería debe dividirse en categorías como está establecida en los Estados-Unidos y en Europa; después del gendarme de á peso diario, debe haber cierto número de tenientes gendarmes con más sueldo, más prerrogativas y más ilustración; en seguida otro grupo de capitanes con más sueldo, hasta llegar á un grupo de comandantes y jefe principal. Así quedará establecida una corriente que parta desde el foco de ilustración hasta el pueblo abyecto por medio de

la gendarmería y el pueblo abyecto acabará por adquirir hábitos de aseo y de respeto público.

